

como objetivo de la vida. Esta se nos presenta de forma tormentosa y todos los medios para evitar la potencia de la voluntad de vivir no son más que inevitables y tristes intentos; solamente nos queda esperar nuestro salvífico naufragio,

la última expresión de uno mismo avanzando hacia la calidez de las aguas. La vida, por ende, no representa más que una muerte suspendida en un doloroso y agotado letargo; la afligida y esperada salvación del ser humano.

Joan Enric Campà i Molist  
Universitat Autònoma de Barcelona  
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.652>



SCHOPENHAUER, Arthur (2013)

*Sobre la visión y los colores: Seguido de la correspondencia con Johann Wolfgang Goethe*

Madrid: Trotta, 160 p.

ISBN 978-84-9879-350-5

Suele acusarse a la tradición filosófica de haber tratado continuamente de dar cuenta de la realidad empírica sin la realidad empírica, pero este aserto es difícil imputárselo a Schopenhauer, que acude constantemente a los resultados de las ciencias naturales para poner a prueba su exégesis de la experiencia (*Sobre la voluntad en la naturaleza*, por ejemplo, está consagrada únicamente a este propósito). Su gnoseología y su metafísica de la *voluntad de vivir* se apoyan considerablemente en un profundo estudio de la ciencia de su época, especialmente en lo que atañe a la centralidad del cuerpo en su pensamiento, de la fisiología: por un lado, como objeto inmediato de la representación, por otro, como clave para descifrar el enigma del mundo. De hecho, ya en *Sobre el principio de razón suficiente* echa mano, para su argumentario, de la fisiología de las sensaciones.

Pero de no ser por la profunda admiración que el joven Schopenhauer sentía hacia Goethe, su relación con la fisiología no hubiese pasado de ser objeto de estudio para la reflexión filosófica. Bajo su

influencia, y con un interés gnoseológico, Schopenhauer se dedicó, de noviembre de 1813 a mayo de 1814, a realizar experimentos de óptica junto a Goethe en Weimar. Este tratado es el resultado de su incursión en la investigación científica. La fisiología ya no es aquí solamente objeto de reflexión, sino que resulta el corazón mismo del escrito. Por Goethe, interrumpirá el proyecto filosófico de *El mundo como voluntad y representación*, incluso en las semanas de la redacción del tratado, un año después de su estancia en Weimar. Sin embargo, este encuentro con el poeta será también un desencuentro: Schopenhauer pone en cuestión la concepción de los colores como pasiones de la luz. Esta discrepancia fundamental definirá la difícil relación, y posterior distanciamiento, entre ambas figuras.

Para Schopenhauer, que sostiene la idealidad trascendental de la realidad empírica, la fórmula «fenómeno originario», con la que Goethe trata de zafarse de la subjetividad del color, es propia de un realismo ingenuo, se trata al color como mera *qualitas occulta*. La luz existe en

tanto que nosotros la *vemos*: no hay objeto sin sujeto cognoscente que se lo presente. No hay que buscar el color en la luz, sino en el ojo, puesto que el color es un fenómeno fisiológico. En el apartado 12, se traen a colación algunos casos de acromatopsia para respaldar su naturaleza fisiológica y subjetiva.

Pero Schopenhauer también pasa cuentas con Newton y los newtonianos. El fenómeno cromático es el producto de la actividad polar de la retina, actividad que varía en función de la incidencia de la luz sobre ella. No es la pasiva recepción del tamborileo de la luz. Un ciego sería aquel que no tiene respuesta al estímulo retiniano, no aquel que no puede contar redobles. El color no es el fenómeno de la descomposición de la luz, sino el fenómeno de la actividad descompositora de la retina. A través del prisma, «no pasa un haz de rayos, sino una pequeña *imagen del sol* que luego es desplazada por la refracción». El capítulo 24 del segundo volumen de *El mundo como voluntad y representación* contiene un pasaje revelador respecto a su rechazo del éter y del color como su ondulación o vibración: «[d]esde luego, la naturaleza de la luz es para nosotros un secreto: pero es mejor confesarlo que atajar el camino al conocimiento futuro con malas teorías». Según Schopenhauer, buscar en la luz la explicación del fenómeno cromático ha sido el error común de todas las teorías del color que le precedieron, incluida la de Goethe, pese a que parte, como él, de la sensación específica del ojo hacia las causas físicas y químicas.

El punto de partida opuesto es el hilo conductor de todo el tratado: ¿cómo reacciona el ojo ante el fenómeno de la luz? La luz estimularía la actividad de la retina, pero no siempre en su totalidad, lo que daría lugar al fenómeno cromático concreto, dependiendo de la región polar estimulada. Lo que Goethe denomina «fenómeno originario» no es más que la división de la actividad de la retina, lo

verdaderamente originario, esto es, que se sustraer a toda explicación ulterior, es la capacidad orgánica de la retina para dividir cualitativamente su actividad. Schopenhauer basa su teoría en diversos experimentos, descritos detalladamente en el párrafo 5 y fácilmente reproducibles, que consisten en la persistencia del estímulo en la retina y en cómo el tránsito de actividad a reposo desplaza el espectro cromático a su complementario.

Schopenhauer distingue, siguiendo a Goethe, los colores en razón de su causa; esto es, entre colores físicos (su causa es la luz) y químicos (su causa es la composición). Los colores físicos sólo pueden aparecer ante una combinación de circunstancias; los químicos, por el contrario, no requieren otra cosa más que la iluminación, pues corresponden a una modificación de la superficie de los cuerpos que los suscitan. Los colores físicos se explican por la ley fundamental de Goethe; para los colores químicos, Schopenhauer esboza una explicación general: la forma en que un cuerpo transforma la luz en calor sería para nuestro ojo el color químico (fenómenos que guardan, de hecho, una correlación esencial). La distinción mencionada respondería a las causas mediatas, pues la causa inmediata del color es fisiológica: es el reposo de uno de los polos de la actividad de la retina, y de ahí la umbría esencial del color que señaló Goethe.

Así, Schopenhauer explica la composición química (sustractiva) del color a partir de lo que hoy denominaríamos «modelo RYB» (rojo-amarillo-azul), por lo que los colores puros o racionales son seis (los ya mencionados y los que surgen de su composición: violeta, verde, naranja). Estos colores complementarios corresponden a diferentes e innumerables grados de actividad cualitativa de la retina, que se oponen entre sí como pares cromáticos en fracciones numéricas correspondientes. Los estímulos o bien agotan temporalmente la receptividad inten-

siva de la retina en determinados puntos (blanco) o producen un desplazamiento polar de su actividad (color). En la racionalidad de dichas fracciones consiste la pureza de los seis colores complementarios del círculo cromático. A la innumerable cantidad de colores posibles le corresponde, por un lado, un mismo grado de divisibilidad de la retina; por otro, un mismo grado de modificabilidad en el estímulo. Dicha correspondencia queda descartada ante un número determinado de luces homogéneas, pero sí la satisface lo umbriso del color. De la suma de los colores químicos fundamentales, surge el gris, algo que, para Goethe, era otra prueba más de la agonística entre luz y oscuridad, de lo umbriso del color. Schopenhauer le abandona en este punto al situar la causa de este gris fuera de los colores mismos, en la rudeza de su materia. De hecho, el modelo CMY (corrección del modelo RYB) no puede producir el negro mate o puro por idéntica causa, y por ello se añade como un cuarto canal (*key*). Por su parte, para la composición física (aditiva) toma por eje explicativo el fenómeno del acromatismo o aberración cromática (descrito en el párrafo 10 y que Schopenhauer considera una anomalía en la teoría newtoniana), en lugar de la dispersión cromática, con lo que los colores fundamentales serán cuatro (violeta, azul, amarillo y naranja), y no los siete que indica Newton. Finalmente, de la adición de los colores físicos, surge la plena actividad de la retina, esto es, el blanco.

La presente edición contiene, además del tratado en cuestión, la correspondencia con Goethe. La intención de Schopenhauer era que éste apadrinase su escrito, que, a su juicio, dotaba a los fenómenos descritos en la *Farbenlehre* de la unidad sistemática propia de la teoría, unidad de la que carecía. No es de extrañar que la actitud de Goethe, que consideraba su *Teoría de los colores* como la obra de su vida, oscilase entre la res-

puesta cordial y el silencio, que conduciría, finalmente, a una despedida entre ambos autores. Así lo expresa el propio Schopenhauer: «[s]olo en dos puntos me obliga mi teoría a apartarme de Goethe: con respecto a la verdadera polaridad de los colores, como antes se expuso, y en relación con la producción del blanco a partir de los colores, cosa esta última que Goethe no me ha perdonado, aunque nunca, ni de palabra ni por carta, ha alegado argumento alguno en contra». La correspondencia nos da la oportunidad de conocer más profundamente este aspecto de la biografía de Schopenhauer, así como rasgos de su peculiar carácter, que, frente a Goethe, manifestaba ora como comedida arrogancia, ora como respeto reverencial. Por otra parte, esta traducción corresponde a la segunda edición revisada y ampliada en 1854, por lo que se trata de una obra de juventud, pero también de madurez, como él mismo se encarga de señalar en el prólogo, y consta de numerosos añadidos, entre ellos, lo recogido en el capítulo 7 del segundo volumen de *Parerga y paralipómena*.

Por lo que respecta al tratado, *Sobre la visión y los colores* es, para el lector de Schopenhauer, un apéndice a los primeros capítulos de los complementos al libro primero de *El mundo como voluntad y representación*, dedicados a la doctrina de la intuición empírica: aporta fenómenos adicionales que refuerzan la tesis de su idealidad e intelectualidad. Asimismo, constituye la única ocasión, como se ha comentado, de leer no tanto al Schopenhauer filósofo, como al Schopenhauer científico. Aunque, recordando a Thomas Kuhn, podemos afirmar que, cuando tiene que escoger entre teorías competidoras, como es el caso, el científico se calza las botas del filósofo.

Por otro lado, con independencia de lo incompleto de la teoría, o de sus desaciertos, para el historiador de la ciencia supone un documento que muestra el

estado de la aún entonces incipiente fisiología de la visión. Asimismo, es un antecedente al enfoque de investigación de la neurofisiología de los colores. Como señala Rudolf Arnheim en su *Arte y percepción visual*<sup>1</sup>, la concepción fundamental de polos cromáticos complementarios en la actividad de la retina anticipa la teoría de los colores de Ewald Hering. Asimismo, Nietzsche escribe, en una carta a Carl von Gersdorff el 12 de diciembre de 1870<sup>2</sup>: «[r]ecientemente he vivido una satisfacción triunfal al encontrar en la memoria de la Academia de las Ciencias de Viena un ensayo del profesor Czermak sobre la doctrina de los colores de Schopenhauer. Éste constata que Schopenhauer por sí solo y de manera original llegó al mismo resultado que la actual teoría de los colores de Young-Helmholtz: entre esta teoría y la de Schopenhauer

Helmholtz existe una concordancia perfecta, hasta en los detalles. El punto de partida, que los colores son, en primer lugar, un producto fisiológico del ojo, fue expuesto por primera vez por Schopenhauer». Incluso Helmholtz es una fuente citada, si bien de carácter secundario, en *Sobre la visión y los colores* (p. 82 y 109). Aunque el color tenga una correspondencia con determinadas longitudes de onda (espectro visible) de la radiación electromagnética (explicación mecánica), es la reacción a un estímulo recibido por el órgano visual del sujeto (hoy hablaríamos de la actividad polar de las células fotosensibles de la retina). El color es, en definitiva, una percepción que tiene una explicación neurofisiológica: «esa vía de examen que remite del objeto observado al observador mismo, de lo objetivo a lo subjetivo».

Luis González Mérida

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.649>



BIRULÉS, Fina y FUSTER, Àngela Lorena (2014)  
*Más allá de la filosofía: Escritos sobre cultura, arte y literatura*  
Madrid: Trotta, 216 p.  
ISBN 978-84-9879-531-8

*Más allá de la filosofía*, el título de esta necesaria y esmerada recopilación de textos de Hannah Arendt, inéditos hasta ahora en lengua castellana, es a la vez la constatación de un hecho —pues se trata, efectivamente, de escritos que versan sobre cultura, arte y literatura— y una advertencia: sin comprender mínimamente la obra filosófica de Arendt,

no nos podemos hacer una idea cabal de la complejidad y la sutileza de estos textos, que, a pesar de versar sobre temas periféricos a la reflexión filosófica, están enraizados en el pensamiento filosófico alemán. En efecto, la lectura de este volumen nos invita a revisar los conceptos clave en la obra no sólo de Arendt, sino también de los grandes filósofos alema-

1. R. ARNHEIM (2002), *Arte y percepción visual: Psicología del ojo creador*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Alianza, p. 344.
2. F. NIETZSCHE (2007), *Correspondencia II. Abril 1869 – Diciembre 1874*. Madrid, Trotta, p. 171-172.